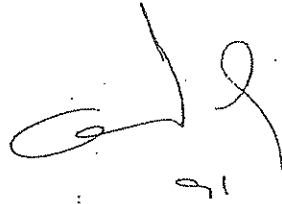


Cátedra Psicología Evolutiva II Año 2007 Facultad: Psicología –UNLP
Zarebski de Etchenbaum (1990) Lectura "teórico-cómica" de la vejez Ed. Tecné
Caps. 1 y 2
Esta es una selección reducida. La bibliografía indica la lectura del libro completo

L E C T U R A
" T E O R I C O - C O M I C A "
D E L A V E J E Z

GRACIELA ZAREBSKI de ECHENBAUM



FOTOCOPIADORA
89 C.E.Psi
Evolutiva II
Folio 99 S/F 1
D/F 8

Prólogo: L. Salvarezza

INDICE

PROLOGO	3
INTRODUCCION.	5
EDIPO VIEJO	9
LA ROSA PURPURA DEL BAJO SOLEDAD Y AISLAMIENTO EN LA MUJER ANCIANA	17
EL VIEJO FREUD	25
ADICION 1990.	36
LECTURA "TEORICO-COMICA" DE LA VEJEZ	41

GRACIELA PETRIZ
Psicóloga Clínica

EDIPO VIEJO (#)

"... y con la tarde un hombre vino
que descifró aterrado en el espejo
de la monstruosa imagen, el reflejo
de su declinación y su destino..." (*)

I)

Interesada en las cuestiones teóricas que plantea el abordaje psicoanalítico de la vejez, la lectura del comentario de Lacan al *Edipo en Colona* de Sófocles despertó en mí la inquietud por investigar las consideraciones psicoanalíticas acerca de la vejez y la muerte de Edipo.

Dice Lacan:

"... Si la tragedia de *Edipo Rey* es una obra ejemplar, los analistas también deben conocer ese más allá del drama que realiza por la tragedia de *Edipo en Colona*" (1).

Considero que tal indicación es especialmente válida para los analistas que se enfrentan, en su trabajo con ancianos, a la temática de la vejez y la muerte (**).

Esta tragedia, escrita por Sófocles en plena ancianidad, cuenta los últimos días de la vida errante de Edipo y su muerte. Ciego, llega a tierras de Colona, en Atenas, acompañado por su hija Antígona. Lo hace inspirado en el oráculo de Febo, de acuerdo al cual, en lejana región encontraría asilo

(*) *Edipo y el enigma*, de J. L. Borges. "El otro, el mismo".

(**) Si *Edipo Rey* es una obra ejemplar en relación a uno de los ejes del descubrimiento freudiano, *Edipo en Colona* constituye una magistral presentación de las cuestiones con que el psicoanálisis en la vejez se enfrenta.

(#) Gaceta Psicológica (APBA), N° 84, 1988, Bs. As.

y terminaría su vida, en provecho de sus habitantes y en castigo de aquéllos —sus hijos— que lo desterraron de Tebas.

La primera reacción de los ciudadanos es de rechazo por su aspecto e intentan expulsarlo cuando, conocedores de su historia, se enteran de su identidad. Pero luego acceden a llamar al Soberano, ante el cual Edipo implorará por albergue.

Mientras tanto llega su otra hija, Isomena, anunciándole recientes oráculos:

"... que los tebanos te han de buscar algún día, vivo o muerto, por causa de su salvación..."

Edipo se rebela contra éstos y luego de enfrentamientos con sus compatriotas, consigue su propósito: morir de acuerdo a sus deseos.

Esta tragedia permitiría realizar distintas lecturas de acuerdo al enfoque o disciplina desde la cual se encare la temática de la vejez.

Desde el punto de vista de la sociología y de la psicología social:

—La problemática del anciano empobrecido y enfermo, segregado de la sociedad y su búsqueda de protección, de asilo:

"Apiadaos del miserable Edipo, que ya no es más que un espectro pues nada le queda de su anterior hermosura".

—El rechazo social (que no contamine lo sacralizado y venerado por la sociedad):

"... apártate, retírate. Mucha distancia nos separa..."

Pero también:

—Veneración:

"En ti dicen que estriba la fuerza de ellos".

Rechazo y veneración que se han ido desplegando a lo largo de la historia humana como dos polos de un mismo mito.

Desde el punto de vista de la psicología de la vejez:

—La vivencia de desamparo.

—La necesidad de contar con alguien que le sirva de bastón, de soporte (su apoyo en la hija como sostén de su identidad):

"... de otra manera, no necesitaría de ajenos ojos que me guiaran ni, si fuera poderoso, tendría necesidad de sostenerme en tal débil apoyo".

Desde el punto de vista de las relaciones familiares:

—La cuestión del poder en el enfrentamiento entre padres e hijos:

"Ellos, menospreciando al padre que los engendró,

han preferido sentarse en el trono, empuñar el cetro y gobernar el país".

Es interesante tener en cuenta que, según Cicerón, cuando Sófocles, ya anciano, escribe esta tragedia, atraviesa una conflictiva relación con sus hijos. Estos lo llevan a juicio, acusándolo de descuidar su hacienda por entregarse al estudio, para que los jueces lo retiren del manejo de la misma bajo el cargo de chochera (2).

Si nos quedáramos con estos enfoques, incurriríamos, en el análisis de este texto, en lo que considero se cae habitualmente en el "campo psi" en vejez, tanto en la investigación teórica como en el abordaje clínico, y que ya he desarrollado en un trabajo anterior (3): solemos no despegarnos de un estudio descriptivo de la "psicología de la vejez", nutrida generalmente por consideraciones sociológicas y biológicas, las cuales —sin despreciar su aporte— hacen efecto de bordeamiento de una cuestión menos transitada: ¿qué es la vejez para el psicoanálisis? ¿cuáles son los determinantes inconscientes que intervienen en el envejecimiento? Lacan, desde el psicoanálisis, introduce otra lectura:

"El psicoanálisis de Edipo termina en Colona" (1).

La pregunta que guía mi investigación es: ¿Por qué se plantea justamente en la vejez y frente a la muerte de Edipo que su psicoanálisis culmina?

II)

¿Qué es la sabiduría del viejo?

"Cuando nada soy —dice Edipo— es cuando soy hombre".

La vejez en tanto ruptura de espejos, caída de ilusiones, confrontación con la pérdida y la muerte, suele ser el momento de máximo enfrentamiento con la Verdad del sujeto,

"... cuando la Parca del Orco se nos presenta sin himeneos, sin líras, sin danzas, en los supremos momentos...".

El viejo pierde roles, pierde funciones, objetos del yo, pierde órganos y miembros, pierde vínculos, pierde afectos. Son todas pérdidas en lo imaginario, en la realidad y en su yo, que remiten a la pérdida Real, a la falta constitutiva de todo ser, por lo tanto a la Verdad, si entendemos por Verdad lo que falta al Saber.

En efecto, es el momento de mayor sabiduría en Edipo, en el que se plantea su escisión fundamental: que su ser estaba ahí donde no se sabía. El desamparo y la muerte lo enfrentan a la "causa" de su muerte y a la "causa" de su vida. Vida y muerte signados por los oráculos.

"El inconsciente es el discurso del Otro: del cir-

cuito en el cual estoy integrado (Edipo: 'porque de mis actos más he sido el paciente que el agente'). Soy uno de sus eslabones: es el discurso de mi padre, en tanto que mi padre ha cometido faltas que estoy absolutamente condenado a reproducir... la cadena del discurso no es cosa que alguien pueda detener [...] este discurso forma un pequeño circuito en el que quedan asidos toda una familia, toda una camarilla, todo un bando, toda una nación o la mitad del globo" (1).

¿No es, acaso, el enfrentamiento mortal entre Edipo y sus hijos, encadenamiento, repetición de su enfrentamiento mortal con su padre? Esto es, la necesidad de repetición tal como la vemos surgir más allá del principio del placer.

Se trata del psicoanálisis de Edipo porque en Colona, a la par que reconoce su desconocimiento acerca de su sujeción al discurso del Otro, se formula el punto de mayor diferenciación con respecto al deseo del otro, relación de alteridad fundamental: es ahí donde se rebela contra la sujeción al deseo del otro: "Pues de mí no mandarán jamás".

Se trata de la elección de su muerte, poder elegir la forma y el lugar de su muerte como ejercicio de libertad. Momento de ruptura con lo que fue su ciega esclavitud, ya que, paradójicamente, el momento de su ceguera es cuando más claro ve cuán ciego había estado cuando veía. Liberándose de los deseos de los otros, queda enganchado en la palabra del oráculo. Es poner el oráculo en palabras propias. Tomemos, por ejemplo, la importancia del "lugar" en los oráculos que signaron la vida de Edipo: a partir de un oráculo sus padres le adjudicaron un lugar para su muerte, para deshacerse de él; la intervención de un pastor lo rescató de su sujeción al lugar asignado para tal fin (y es este mismo pastor el que luego develará a Edipo la verdad de su historia). Insistencia repetitiva:

"(tus hijos) quieren tenerte cerca para que no dispongas libremente de ti mismo".

Lo que Edipo pelea al final de su existencia es también el lugar asignado para su muerte.

Vemos que hay un oráculo que signa su entrada en la vida y hay un oráculo que signa su salida en la muerte. En ambos casos, un discurso-Otro es mediatizado, interpretado por otros: primero los padres, luego los hijos. Tanto para unos como para otros, Edipo constituye una amenaza: el ejecutor del castigo por sus pecados. Tanto unos como otros intentan desviar el oráculo, manipulando a Edipo.

¿Tendrá que ver con esto —la muerte como supremo momento de la vida, como expresión máxima de la palabra del sujeto (poder elegir, en cierto modo, la propia salida en la muerte, ya que no podemos elegir la propia entrada en la vida)— la importancia que adquiere el discurso, común en los ancianos, acerca del destino de sus despojos? Más aún, la temática general del Destino: en la sujeción al Destino, el sujeto se ve como objeto de un discurso-Otro. La sabiduría tendrá que ver entonces con la posibilidad de pasaje de un enunciado efectuado con él como objeto a un apoderamiento de ese discurso.

Así, en la clínica, nos topamos con viejos resignados para los cuales el Destino lo explica todo, justificando así su inercia, su pasividad, su sometimiento (generalmente de toda su vida), frente a otros viejos que siguen forjando su destino.

Edipo:

"Por las postrimerías de tu vida ruegas, pero tu estado actual, o lo tienes en el olvido o en nada lo estimas".

Edipo:

"Porque en las postrimerías se sintetiza todo lo demás". "Cuando nada soy, es cuando soy hombre".

III)

Como psicoanalistas, entonces: ¿Al viejo lo abordamos a partir de lo que vemos, o lo escuchamos? ¿Y qué escuchamos y desde dónde?

Si es desde el yo del analista a un yo señalado como debilitado, desestructurado, nos dedicaremos entonces a reinstaurarlo en su condición de prótesis imaginaria.

Es el caballito de batalla de los psicogeriatras:

"... Las reiteradas situaciones de duelo favorecen la aparición de un estado narcisista en donde la pérdida de la autoestima juega un papel fundamental... Es el tratamiento analítico el encargado de rescatarla, convirtiendo el proceso de fortalecimiento del Yo en una situación nodal" (").

En el viejo, en quien las prótesis imaginarias se muestran en plena falla, se produce esa hiancia, ese momento privilegiado de apertura, por donde se filtra su ser en tanto sujeto de deseo, ser enfrentado a la nada del más allá y a la nada de su ser.

"Cuando nada soy" es precisamente a lo que conduce el análisis: la desmitificación del imaginario previo:

"Cumplida la desmitificación, nos hallamos en presencia de la muerte" (1).

"El inconsciente se había vuelto a cerrar sobre su mensaje gracias a los cuidados de esos activos ortopedistas en que se convirtieron los analistas de la segunda y tercera generación, que se han dedicado, al psicologizar la teoría analítica, a suturar esa hiancia" (2).

La vejez puede llegar a ser una hiancia privilegiada y, sin embargo, constituirse en engaño privilegiado para los analistas: sólo cabe suturar.

Momento privilegiado para desmitificar el imaginario previo, más que para reinstaurarlo, ya que, precisamente si se desestructura en algunos viejos, por algo será... Un dato de la llamada "psicología normal" de la vejez (en base a desarrollos del doctor Leopoldo Salvarezza) (6), cuando las condiciones emocionales permiten sobrellevar un envejecimiento "normal" (registrar cimbronazos que no llegan a ser cataclismos), se produce un incremento de la interioridad que produce como efecto la propensión a las "reminiscencias", las cuales, en su condición de eslabones entre el pasado y el presente dan cuenta de que lo que sostengo es un momento privilegiado de apertura y de facilitación al abordaje terapéutico.

Aquellos viejos que pueden hacer uso de la reminiscencia, encuentran en ella el recurso terapéutico propio que reafirma su autoestima y les permite transitar y elaborar en paz consigo mismo esta etapa.

Son las llamadas "personalidades narcisistas" y las "caracteropatías", las que acusan una vejez más conflictiva y desesperada, viejos nostálgicos en lugar de reminiscentes.

El envejecimiento —precisamente porque pienso que es uno de esos momentos-acontecimientos en la vida de mayor puesta en juego de la Verdad del Sujeto— favorece los colapsos narcisistas y las descompensaciones caracteropáticas. Estará en la escucha del analista discernir qué aspectos y en qué proporción, viene a pedir el paciente que le reestructuremos ese yo grandioso perdido y le devolvamos la distorsionada autoestima perdida—y qué aspectos y en qué proporción, viene a preguntarse en qué se equivocó o a pedir que alguien lo escuche en su reconocimiento de una posición "equivocada" en la vida.

El "estar desapareciendo" tan abarcativo y gradual es, quizás, una vivencia exclusiva del anciano. Puede ser atravesada con el máximo de sabiduría y con el máximo poder de sublimación y creatividad; poder soportar la angustia y ponerla en palabras, obras, significantes, en tanto el enfrentarse al despedazamiento sea menos traumático porque los soportes imaginarios estaban desde el vamos desmitificados. Es como si desde que se supo ser, se supo no ser, desde que se supo siendo se supo muriendo.

Poder seguir creando es poder seguir diciendo: "Me falta ser...". En relación con esto, el dicho ya popular: "se envejece de acuerdo a cómo se vive", remite entonces a la cuestión de cómo se posiciona el sujeto respecto a la castración.

IV)

¿Qué le pasa al psicoanálisis —a los psicoanalistas— cuando de la vejez —de un viejo— se trata?

Se suele apelar al recurso de comprender el contexto social y los determinantes biológicos, de quedarse en los enunciados del yo y describir su psicología; lo difícil es meterse, meterse con la cuestión del deseo en un sujeto que envejece —sexualidad y muerte—, deseo del viejo, de uno viejo, del viejo de uno, de un viejo deseo.

—"¡Qué horror da verle! ¡Qué espanto oírle!"

—"¡No me toméis por un malvado, os lo suplico!"

—"No me desdenéis al ver el aspecto horrible que os presenta mi cara!"

El psicoanálisis en viejos permite, sin renegar de su condición decrepita, sino atravesándola, acceder a lo específicamente atemporal del sujeto.

—"Me expulsáis sólo por temor a mi nombre. Pues lo cierto es que ni mi cuerpo os inspira terror, ni tampoco mis actos".

El viejo nombra algo a los otros. El problema que el viejo le plantea a la sociedad (y a los psicoanalistas), no es tanto por su aspecto, la carga que representa, o su "improductividad", sino por lo que es en tanto efecto de lo siniestro, manifestación de algo que debería permanecer oculto; de ahí los intentos de suturar la imagen del viejo: Que quede armada de nuevo, que no aparezca la muerte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- (¹) Lacan, J.: Seminario II: *El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica.*
- (²) Cicerón: *De Senectute.*
- (³) Zarebski, G.: "Investigación acerca del desarrollo de la psicogeriatría en nuestro medio", 1984.
- (⁴) Berenstein, Sara: "Diálogo analítico" (trabajo publicado en APDEBA).
- (⁵) Lacan, J.: Seminario XI: *Conceptos fundamentales del psicoanálisis.*
- (⁶) Salvarezza, L.: *Psicogeriatría. Teoría y Clínica.* Paidós, Bs. As. 1988.

LA ROSA PURPURA DEL BAJO (#)

SOLEDAD Y AISLAMIENTO EN LA MUJER ANCIANA

La llamaré Rosa. La Rosa Púrpura del Bajo.

A los 58 años, no es anciana, pero la vejez es su fantasma, si bien tiene dos hijas solteras, aún trabaja y hace gimnasia, se siente muy sola, le sobra el tiempo,

"no hay nada para hacer; el domingo es el día que peor me siento".

Separada hace muchos años, su sueño es formar una pareja, pero nunca lo intentó.

"Doy una imagen de seria. Quiero una cosa, aparentemente otra".

Nació en un hogar humilde (una casa de vecinos, dice), la menor de varios hermanos, de padres alcohólicos, su padre muere tirado en la calle a los 45 años, un hermano homosexual que muere joven, otro alcohólico del que se dice abusa de menores, a las hermanas las describe como locas y convulsivas. Los gritos, las peleas, las habladurías de vecinos, eran constantes. El padre les pegaba a todos, menos a ella.

"Yo era una criatura rondando en esta casa, vagando, no había una madre que me dijera que no estuviera en la calle. Yo no representaba nada para nadie. Era insignificante. A mí me tocó la peor parte, los agarré cansados. Mamá era viejita sin serlo, sin dientes, nunca la vi arreglada. Había sido linda, fina, habilidosa. Se arruinó la vida por el vicio".

Pero alcanzó a transmitirle la habilidad manual a sus hermanas.

(#) Actualidad Psicológica, Mayo 1989. Bs. As.

GRACIELA M. PETRIZ
PSICOLOGO CLINICO
M. P. 226 F. 145 1-1-1989

"Me da envidia que hayan tenido una madre joven que les transmitió la habilidad".

Escenas frecuentes de violencia sexual entre sus padres.

"Cuando papá se enojaba, sacaba la navaja".

Rosa se escapaba a la calle ya a los 3 años.

"Yo no me quejaba, no pedía nada, no hablaba. Para que me quieran los vecinos hacía todo lo que me pedían. Mamá decía: de tan buena, tonta".

"También decía:

'Qué va a ser linda, con esa boca tan fea'.

"Crecí odiándolos; después les tuve lástima".

A los 12 años la mandaron a trabajar. Una vez se enamoró de un muchacho pero nunca pudo hacer el mínimo gesto de aceptación.

"Lo que me gustaba mucho, me daba miedo".

"Se me hacía que a mi mamá no le gustaría. Me fabricué una imagen de madre que me cuidaba".

Imagen que la sobreprotegía, no la dejaba nunca sola, idealizada y persecutoria...

"De jovencita tenía sueños eróticos, después nunca más".

Fue la única de los hermanos que logró casarse. El casamiento era la única forma en que ella se permitía la sexualidad.

Una hermana muy trastornada vivía pegada a ella, Rosa la cuidaba. Cuando Rosa se casó, la hermana enloqueció:

"Estaba enamorada de mí".

"Al barrio no pude volver nunca más. Nunca supe ni quise saber nada de ellos".

Buscaba, al casarse, poder zafar de la locura.

"Al final me quise escapar de mi familia y no me escapé, cambié de casa nada más".

"Me busqué un hombre igual que yo: frío, inexpressivo. Yo soy frígida. Nunca sentí nada. Así no se to

ca: el tema y sigo en lo mismo. Cuando me animé a decirle que no sentía nada, se sintió castrado y me dejó".

Dedicó su vida a su casa, a sus dos hijas. Vivió a través de ellas, hizo que estudien, trabajen, sean finas, cultas, habilidosas, con amigos y libertad sexual.

Reconoce que a la mayor la sobreprotegió, ahora esta hija no sabe vivir sola.

"Tengo miedo que mi hija enloquezca como mi hermana".

"Yo no tengo ningún derecho, hago lo que ellas me dicen. Tuve dos hijas y no tengo nada. Nadie de quién ocuparme".

"Trato de no llegar enseguida a casa, nadie me espera con alegría".

Así como no le gustaba llegar a la casa y ver a sus padres alcoholizados. Nunca se animó a pedir nada porque supone que la quieren en tanto no pida.

"Trato de hacer todo sola. Me niego a que alguien me ayude".

"Hasta que no terminé de pagar mis cuentas no estoy tranquila. No soporto deber. Pero me gusta comprarme siempre de lo mejor, ir a caminar por la Av. Santa Fe; las entradas para el cine nunca las compro en la cartelera. Aunque me sacrifico mucho, no podría hacer terapia en una institución".

También se sacrifica, se sobreexige cuando se reprocha no entender películas de Bergman, de Fellini, entonces las ve dos, tres veces, o cuando se exige hacer gimnasia como una de cuarenta y pico. Dedicó sus días al trabajo (corretaje de vino por la calle) y a limpiar obsesivamente su casa.

"Nunca estoy cansada, No siento la edad, me siento muy joven".

Vive una vida reglamentada, todas las reglamentaciones que faltaban en su familia.

"Quiero ser más que ellos".

También reglamenta las palabras que salen de su boca: "la bronca" no se permite ni nombrarla. Ella debe ser culta, fina, no habla más que lo imprescindible. Siente que enmudeció.

"Me hubiera gustado vivir otra vida. Ser artista. La familia es rutina".

"Nunca disfruté mucho las cosas. No fui una madre alegre".

"Siempre tuve miedo de vivir, a la violencia, al sexo".

"El qué se acuerda tarde que se embrome. ¿Cómo voy a permitirme hacer de mayor cosas de jovencita?"

"Mi único lugar feliz es el cine. Yo tendría que tratar de tener comunicación con la gente, pero me encierro en el cine. Ahí, estoy en la película. Me olvido de mí. Después tengo sueños eróticos con los actores. Me excito. Tengo sensaciones. Si me saben tratar, me suelto. No hubiera sido frígida".

"Fantaseo siempre con que hay otras chicas lindas, con plata, pero él me elige a mí por buena y por perfecta".

"Si yo pudiera tener algo bueno: estudio, ser habilidosa para coser, para tejer..."

De ella sólo pueden salir cosas horribles: "Éramos todo lo feo".
Decía que su fantasma es la vejez:

"Últimamente me veo en el espejo y siento que me estoy pareciendo a ellos. Me causo horror. No me gusta como soy".

Aquella imagen que se había fabricado como "aseguradora de su supervivencia", por efecto de la compulsión a la repetición se hacía presente en forma siniestra como "mensajero de la muerte", ya que retornaba de la representación esa "peor parte" que le tocó a ella, "todo lo feo", la caída... en la vejez..

No es la única imagen que se le hace difícil sostener. Buscó cultura, pero preferiría dejar de leer si necesitara usar anteojos. No puede iniciar los trámites de la jubilación, aunque su trabajo nunca le gustó, ya está asqueada de él, de andar por la calle, pero jubilarse... hacer trámites... cosas... estar con los viejos...

"Ellos sólo hablan de PAMI y de las enfermedades, yo nunca voy al médico. No me gusta que me pregunten de enfermedades. Siempre pienso que ni tengo nada".

"Nunca digo mi edad. Si la digo, me van a ver los

defectos. Me gustaría conseguir un hombre joven, los de mi edad no, no conocí personas viejas alegres de vivir. No se valen por sí, molestan",

y ella evitó "molestar" al otro toda la vida.

En el transcurso del análisis, comenzó a reconocer la diferencia con sus hijas, las crueldades mutuas. Empezó a poder discutir, inició los trámites de la jubilación y buscó trabajo como secretaria de consultorio. Dejó la calle. Se compró anteojos y dejó de ir tan seguido al cine: se decidió a ver del lado de acá de la pantalla. Comenzó a pensar en la posibilidad de ser a buela. Entabló relación con una vecina de su edad. Hasta se enfermó y tuvo que permitir que la atendieran sus hijas. Dejó gimnasia ("no me daba placer"), ya no era tan coqueta.

Se podría decir que se "vino abajo". Es que se vino "al Bajo", de donde nunca en realidad se había ido.

Se vino abajo la estructura de ese Yo Ideal, bueno y perfecto que había construido, sostenido en una imagen de madre que se fabricó para contraponer a esa "peor parte" que le tocó, vieja y enviciada; la otra, la mejor parte, era la que les tocó a sus hermanas: linda, fina y habilidosa. Era imperioso que nada perturbe el andamiaje de esta estructura ambivalente dissociada.

El mínimo placer podía despuntar el vicio, la mínima falla, la palabra agresiva, el mínimo deterioro podía derrumbarla como a un castillo de naipes.

Ser más que ellos era rescatar a esa madre perdida que nunca tuvo, la de antes de la caída. Su vida estuvo al servicio de redimir a esa familia, de darle lo que no tuvo (¿ésa era la deuda?), una vida de entrega total, creyendo que así salvaba de la locura.

En tanto insignificante, era significativa para la otra (su madre, su hermana, su hija); la hermana se enamoró de ella y enloqueció, percibía que con su hija seguiría igual camino.

En esta estructura, quedarse sola no es perder un objeto, es perder una parte del yo. El duelo deviene en patología, apatía, retracción.

Esa fue la causa de su vida, de su lucha. Buscó superarse en un esfuerzo brutal de sobrecompensación en su actividad, e hipertrofia en su fantasía. Buscó ser más, anulándose.

En Rosa, el mantenerse activa, jovial, culta, laboriosa, era ser la heroína de una película hecha a la ligera, porque su Director, El Narcisismo, siempre elige el camino más corto. Acabó reconociéndose muerta, muda, vacía, en el aislamiento más absoluto, porque percibió que estaba luchando contra sí misma, contra su identidad, contra su historia.

La cuestión del envejecimiento prematuro de la madre está en el núcleo de su deseo: su causa es el goce de la mejor parte de la madre (por eso se "fabricó" una buena madre y una imagen de buena). La vejez es la peor parte en esta historia, como significativa de vida gastada, arruinada, pérdida de belleza y habilidad. La causa de la caída en la vejez aparece velada por otra causa: la caída en el vicio. Fue una vida que se intentó sostener en la evitación obsesiva del vicio como prevención de toda caída; así arrasó con todo indicio de erotismo, "malas palabras", "malos deseos".

Haciéndose insignificante, anulando sus deseos, se salvaba de los golpes.

La vejez era el fantasma que en su deterioro anunciaba el fracaso de su estrategia obsesiva: era inevitable la caída, asumir la caída que la constituía.

La vejez era para ella el derrumbe. Era lo que no le permitía seguir fingiendo que podía todo sola. Animarse a pedir era reconocer la carencia. Pero en esta historia la carencia constitutiva de todo sujeto está velada por la carencia de la realidad social, que fomentaba en ella la ilusión de que la carencia puede ser evitada, se trata de no pedir nada, se trata de escindir el barrio de los que tienen de aquél —el "Bajo"— de los que no tienen y de luchar afanosamente, sacrificadamente, por estar de ese otro lado. La imagen en el espejo que le devolvía la mirada despectiva de su madre, la identificaba en el negativo del YO IDEAL. Era una de las formas más explícitas del "viejismo" (*) —la gerontofobia— en la faceta que menos se suele destacar: "el viejismo" en el mismo viejo.

En Rosa vemos en qué estructura este prejuicio se encarna, de qué protege y vemos cómo constituye un factor importante en el aislamiento social en la vejez. No podía estar con sus pares, así como nunca había estado con gente de su edad. Se trata aquí del modo particular de significarse la jubilación en este encadenamiento discursivo: hacer el trámite, la "cola", es pedir. Es asumirse en tanto vieja, como carente. Es dejar la calle que ambientalmente la tiene atrapada. Además, hacer "colas" es ser "uno más" en la fila, condición que es necesario asumir para no quedarse solo. Ella buscó ser la única, se imaginaba "la elegida". No había nada para disfrutar en la vejez porque no disfrutó ni de la niñez ni de la juventud, ni de la adultez. Sentía que era tarde porque toda su vida sintió que era tarde, que "nació tarde".

La patología en las identificaciones narcisistas y edípicas de hijas y madres es material de análisis en mujeres de toda edad, cultura y condición social. Su investigación y tratamiento es el aporte que el psicoanálisis brinda a la prevención de la problemática de la soledad y el aislamiento de la mujer anciana. En casi todo análisis aparece la cuestión de la vejez como uno de los fantasmas de lo siniestro.

La vejez se vislumbra como siniestra y se constituye en "crisis vital" en aquellas organizaciones psíquicas basadas en el deseo de fusión propio del vínculo primordial materno-filial.

Las que hoy son viejas —sucesoras en su SUPERYO de la moral victoriana en que se criaron sus madres— y se sienten abandonadas por sus hijas, son las que funcionaron con ese modelo de fusión con el Otro que no les permitió desplegar sus deseos, porque la culpa les hacía sentir que abandonaban.

Cito un texto de la escritora Silvia Plager:

"... y así, cuando estamos dispuestos a avanzar,

(*) Viejismo: Término adoptado por el Dr. Leopoldo Salvarezza para dar cuenta del "conjunto de prejuicios, estereotipos y discriminaciones que se aplican a los viejos simplemente en función de su edad" (*Psicogeriatría: Teoría y Clínica*. L. Salvarezza, Paidós, 1988).

algo nos sujeta o nos advierte o condena por ese paso o transgresión que ellos o ellas no hubiesen admitido. Y es ésa la pertenencia que pesa más sobre las mujeres que sobre los hombres:

"¿Quiénes son sino las asiduas visitantes de los cementerios y las que custodian el altar familiar y encienden las velas?

"A ellas les ha sido adjudicada la tarea de mantener el fuego y cuanto más se alejan de sus hogares, más peligro correrán y serán señaladas por el dedo acusatorio de vivos y muertos. El hombre oficiará y le brindará el privilegio de la salvación. Cuando crecimos las heroínas de las grandes novelas nos enseñaron que amar fuera de los esquemas establecidos sólo causaba desgracias. Y fuimos guardando en las alacenas de nuestra memoria modelos de virtud en los que la pasión no tenía cabida. Y esos modelos se contraponían a los que almacenábamos bajo llave y que aparecían en los sueños y en cualquier momento como gnomos traviesos. ¡Cuánto han influido en nuestra conducta la humillación del acatamiento y el miedo a la rebelión y a la muerte!"

Si se da la posibilidad de resignificación y la movilidad de investiduras, se podrá insertar las faltas y ausencias en una nueva dialéctica. Dando paso a investiduras objetales amorosas, sublimaciones e ideales cumplibles, se verá empujada a relanzar su deseo a través del reconocimiento mutuo, el reconocimiento del semejante y de su diferencia, que es lo que causa el deseo y abre las puertas de la creatividad. Escapando a la inmovilidad y al silencio el deseo recomienza su búsqueda.

Y esto no depende sólo de las estimulaciones que se le brinden, ya que las mismas serán rechazadas en aquellos casos de caracterología previa rígida e intolerante, que no aceptan la contingencia de los objetos.

Es porque se está demasiado captado por Otro, alienado en Otro, en una apasionada cristalización de la ilusión de aniquilarse en el Otro (Fusión Yo Ideal-Ideal del Yo) que no hay apertura a los otros, a los semejantes.

Es de destacar la divergencia entre un enfoque psico-social de la problemática de la vejez y el enfoque psicoanalítico.

Teorías biológicas, sociales, psicológicas, pueden explicar desde un enfoque gerontológico multidisciplinario bio-psico-social, al individuo que en la vejez está solo y aislado y pueden aportar acciones preventivas y terapéuticas. El Psicoanálisis aporta el análisis del sujeto en tanto dividido, la dinámica inconsciente que le llevó a sentirse solo y encontrarse aislado, a pesar de estar sano, activo y relacionado.

Sobrellevar la soledad no significa resignarse a vivir solo. El no poder sobrellevar la soledad ocurre cuando existe la ilusión de que hay algo que la completará totalmente y, al no tenerlo, está vacía, no es "nada".

Es la historia de otra mujer, ésta sí de película, de reciente estreno

("Mamá querida"). Berta, al enviudar, se queda sola, pero no aislada. "Sana", creativa. Pero a ella no le interesaba estar sana y conectada con su creatividad, con su mundo, su entorno. En realidad no podía sostenerlo, por que su vida, su secreto para mantenerse viva era su hijo, él era todo, aunque para retenerlo había que seguir un camino de muerte: hacer un síntoma, estructurar una familia que no escuche las posibilidades psico-terapéuticas que se le indican, encontrar algún cirujano dispuesto a hacer iatrogenia, gastar en intervenciones su dinero, tener que vender su casa, enfrentar entre sí a sus hijos, trastornar a su hija. Terminó aislada, pero creía que a sí no estaba sola. De lo que estaba intentando protegerse era de sentirse sola, aunque terminara en el aislamiento de la enfermedad.

Soledad y aislamiento: dos conceptos que permiten, cada uno, su propio despliegue de sentido. Pero se trata de su interrelación, de su entrecruzamiento.

Se podría hablar de un sentimiento de soledad normal y patológico, en paralelismo con el duelo. Cuando el sentirse solo se torna patológico, a pesar de no estar en la realidad aislado, es un síntoma, es manifestación del más real aislamiento, el de la enfermedad psíquica. Actúa como angustia-señal, que desencadenará una serie de mecanismos que llevarán al aislamiento total.